

Señor Presidente de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, señores socios, estimados amigos.

1.- Cuando, hace algunos años, tuve el honor –inmerecido e inesperado – de ser designado miembro de esta querida Sociedad, no pude dejar de recordar un episodio de mi infancia: en París, donde vivió 20 años con su familia, mi padre, que era de pocas palabras, recordaba a Enrique Matta Vial, el fundador de nuestra Sociedad, como el amigo más querido de sus tiempos de estudiante. ¡Cuánto me gustaría verlos aquí, a ambos, mirando con alegría como la vida ha unido al vástago de uno con la creación del otro: el hijo de José Manuel Piñera, socio honorario de la Sociedad fundada por Enrique Matta Vial.

2.- Hace algún tiempo, el padre Rigoberto Iturriaga, que fue Provincial de los Franciscanos de Chile y ha sido infatigable investigador de los archivos de su Orden, me reprochaba el no haber escrito nunca un trabajo de historia. Él, en cambio, había producido decenas de folletos y de artículos sobre los antiguos Padres del tiempo de la Colonia y del siglo XIX, hurgando en los archivos de la Orden, las huellas dejadas por los antiguos. “Pero usted no es miembro de la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, le dije por defenderme, y yo sí”.

Se quedó callado. Y luego: “Debe ser por la geografía!”, me dijo.

El Padre Iturriaga tiene sentido del humor. Él sabe que no soy ni historiador ni geógrafo. Pero desde ese momento me he sentido casi tan geógrafo como historiador: y eso me causa alegría.

3.- Estando hace poco en París, visitando una Librería Médica, me encontré con un libro que me llamó la atención por su título: “Química, para los que nunca serán químicos”. Ustedes saben que la medicina, entre otras ciencias, se basa en gran parte en la química y muchos médicos lamentan no haber aprendido más química en su juventud para entender mejor los progresos de la química fisiológica, de la farmacología y otros ramos que descansan en la química. “¿Cómo aprender química sin ser químicos”?, se pregunta el autor del libro. Lo compré y lo estoy leyendo con mucho interés y provecho.

Y me viene esta pregunta: ¿Cómo aprender historia, sin ser historiador? Tal vez nuestra Sociedad ayuda a responder a esta pregunta. Aquí los historiadores enseñan a los aficionados –como yo – a gozar la historia –sin ser historiadores.

Sé muy bien que los grandes historiadores –los Spengler, los Toynbee, los Dawson – escriben para los no historiadores a la vez que para sus colegas. Aquí, los Gonzalo Vial, los Villalobos, los Eyzaguirre hacen o hacían lo mismo. Pero me gustaría leer una Historia escrita “para los que nunca van a ser historiadores”, porque la historia es parte esencial de nuestra cultura y así como no se puede ser médico sin saber química, aun no siendo químico, tampoco se puede ser plenamente médico sin conocer la Historia de la Medicina, aun sin ser “historiador”. No se puede ser nada, sin conocer la historia, toda la historia, aun sin ser “historiador”.

4.- Y lo que digo de la historia –que nos da a conocer el tiempo – lo digo también de la geografía –la ciencia que, con cierta displicencia me

atribuía el padre Iturriaga – nos da a conocer el espacio. De niño pasaba horas hojeando el viejo atlas de Vidal-Lablache, que teníamos en casa. Y de obispo, tenía en el Obispado un “cuarto de mapas”, en que preparaba mis continuas salidas a terreno, con las “planchetas” fotográficas del Instituto de Geografía Militar y, después, con los mapas a tres colores, tan bien impresos y en que no faltaba un detalle. La geografía me ayudó a ser obispo, es decir a ser pastor, a ser misionero, a ser hombre de terreno. Ha sido, como la historia, parte de mi vida.

Gracias por permitirle a un simple “aficionado” a la historia y a la geografía ocupar un asiento en medio de quienes como ustedes son historiadores y geógrafos “de veras”.

+ Bernardino Piñera C.,
Arzobispo Emérito de La Serena